Plaza San Pedro - Roma, 30 de mayo de 1998

Discurso de Chiara en el Encuentro del Santo Padre con los Movimientos eclesiales

Santo Padre:

Tendría que presentarle mi testimonio sobre el Movimiento de los Focolares u Obra de María.

Pero ya que desde hace décadas Usted conoce muy bien esta realidad eclesial, permítame considerarla desde su corazón, mirarla con sus ojos.

Usted individuó en el amor la "chispa inspiradora" de todo lo que se hace bajo el nombre del Focolar. Es justamente así, Santo Padre. Esa es la fuerza de nuestro Movimiento. Ser amor y difundirlo es el fin general de la Obra de María. En efecto, está llamada a llevar una invasión de amor al mundo.

Más aún, Santidad, Usted afirmó que reconocía aquí, recordando otros Movimientos espirituales de la historia, un "radicalismo del amor".

¿Cómo podría ser de otro modo si la mirada de todos los que forman parte del Movimiento está siempre orientada, como modelo suyo, a Jesús crucificado en su grito de abandono? El amor más radical está precisamente allí, donde está el vértice de su sufrimiento.

En Él - que abandonado por el Padre vuelve a abandonarse en el Padre, que sintiéndose desunido del Padre vuelve a unirse con Él - está nuestro secreto para recomponer en unidad cada división, cada separación, por doquier.

En otra circunstancia Santo Padre, me permití preguntarle cómo ve nuestro Movimiento, cuál es su finalidad. Y Usted sin dudar me respondió (subrayando nuestro fin específico "*Ut omnes unum sint*"): "Ecuménico", dando a este adjetivo el sentido más amplio.

Es así. Para poder alcanzar nuestro objetivo: "Que todos sean uno", tenemos nuestros típicos 4 Diálogos: El diálogo dentro de nuestra Iglesia entre las personas, entre los grupos, Movimientos, etc., diálogo que también refuerza la unidad de los fieles con los Pastores y entre ellos.

También el diálogo con cristianos no católicos, que quiere contribuir a la plena comunión entre las distintas Iglesias.

El diálogo interreligioso, que entabla relaciones con los fieles de las distintas religiones.

Y, por último, el diálogo con personas de buena voluntad, sin un preciso referente religioso.

Además, Santo Padre, nadie podrá borrar del corazón su percepción de nuestro Movimiento, que nos expresó en aquella memorable visita a nuestro Centro de Rocca di Papa en agosto de 1984.

Después de que los miembros del Consejo de la Obra le presentaron su servicio específico en las 17 Ramas de ésta, que recogen todo tipo de vocación laica y religiosa; después que describieron los diferentes aspectos de esta Obra (espiritual, apostólico, cultural y otros) y le hablaron de las cuatro secretarías para los Diálogos, Usted afirmó que percibía en este

Movimiento la fisonomía de la Iglesia post-conciliar: "Ustedes – dijo –pretenden seguir auténticamente esa visión de la Iglesia, esa autodefinición que la Iglesia dio de sí misma en el Concilio Vaticano II"¹.

Y nuestra alegría fue inmensa.

Todavía en repetidas ocasiones, conociendo la consistencia y la difusión mundial de este Movimiento, Usted ha exclamado: "¡Ustedes son un pueblo!" Sí, Santo Padre, somos un pueblo, un pequeño pueblo, parte del gran pueblo de Dios.

Y cuando, especialmente nuestros jóvenes, le han comunicado el deseo de dar su aportación para que la Humanidad sea una sola familia, más aún que sueñan y trabajan por un mundo unido, Usted siempre los ha comprendido y apoyado en este ideal, que a muchos les parecía utópico.

Otras veces, todavía, nos ha hablado de María.

Una, inolvidable, fue cuando quiso explicarme el "principio mariano" de la Iglesia, con relación al principio petrino. "Principio mariano" del cual también nuestro Movimiento podía ser una expresión.

Ciertamente Usted no sabía aquel día que en nuestros Estatutos está escrito que la Obra de María "desea ser una presencia de María en la Tierra y casi una continuación suya."

Gracias, Santo Padre, por todas las ratificaciones recibidas de Usted a lo largo del tiempo.

Para concluir, una promesa.

Sabemos que la Iglesia desea la comunión plena entre los Movimientos, su unidad que, además, ya ha comenzado.

Pero nosotros, Santidad, puesto que nuestro específico carisma es la unidad, queremos asegurarle que pondremos todo nuestro esfuerzo en contribuir a realizarla plenamente.

Que María, a la que Usted ama tanto, le recompense adecuadamente por todo lo que ha hecho por los Movimientos: es una de las obras maestras de su Pontificado.

Chiara Lubich

¹ Juan Pablo II, *Portare l'amore nel nostro mondo d'oggi*, p. 878.